

¿Puedo vivir con audacia?

por Margaret Wheatley

El miedo es el peor cuarto de la casa. Me gustaría verte vivir en mejores condiciones.

Hafiz

La historia de la humanidad está poblada de infinidad de personas audaces. Si nos remontamos a las generaciones que precedieron a nuestras familias, entre nuestros propios antepasados descubriremos a aquellos que también vivieron con audacia. Quizás fueron inmigrantes que tuvieron el arrojo de abandonar la seguridad de su hogar, soldados que lucharon con valor en una guerra, familias que soportaron penurias económicas, la guerra, la persecución, la esclavitud, la opresión, el desplazamiento. Todos llevamos en la sangre este linaje de audacia.

¿Pero qué es vivir con audacia? No es vivir sin miedo: el miedo es parte de nuestra experiencia humana. Parker Palmer, un educador y escritor extraordinario, dice: "El miedo es una parte tan fundamental de la condición humana que todas las grandes tradiciones espirituales se originan en el esfuerzo por superar el efecto que tiene sobre nuestra vida. Con diferentes palabras, todas proclaman el mismo mensaje central: 'No se entreguen al miedo'. Es importante prestar cuidadosa atención a lo que ese mensaje central significa y a lo que no significa. 'No se entreguen al miedo' no significa que no deberíamos sentir miedo; si significara eso, podríamos descartarlo por ser un consejo que apunta a una perfección imposible. Por el contrario, 'No se entreguen al miedo' significa que nadie tiene por qué convertirse en sus miedos: una idea enteramente distinta".

Si el miedo es una parte tan fundamental de la experiencia humana, cabe suponer que, en ocasiones, sentiremos miedo; tal vez, hasta con frecuencia. Aún así, cuando el miedo surja, no debe preocuparnos haber fallado en algo, ser menos que otros. De hecho, somos iguales a todos. Lo importante es prestar atención a qué hacemos con nuestro miedo. Podemos alienarnos, distraernos o petrificarnos. O podemos reconocer el miedo y a pesar del miedo seguir adelante. Vivir con audacia es negarle al miedo el poder de silenciarnos o detenernos.

Yo creo que hay una diferencia importante entre el valor y la audacia. El valor surge en el momento, sin pensar. El corazón se abre y entramos en acción. Alguien se arroja a las

aguas heladas de un lago para salvar a un niño, o dice su opinión en voz alta, o se arriesga para ayudar a otro ser humano. Estos actos repentinos, aún cuando nos ponen en peligro, nacen clara y espontáneamente del amor.

La audacia también está fundada en el amor, pero nos exige mucho más que la acción instantánea. Cuando, al sentir miedo, reaccionamos demasiado rápido, huimos o agredimos. La verdadera audacia es una acción sabia, no una bravuconada o una reacción a ciegas. La audacia exige que nos tomemos el tiempo para discernir. Joan Halifax, maestra Zen, habla sobre "practicar la no negación". Si sentimos miedo, no neguemos el miedo. Al contrario: reconozcamos que estamos asustados. Pero no huyamos. Permanezcamos donde estamos y enfrentemos nuestro miedo con valor. Salgamos a su encuentro, sintamos curiosidad por conocer sus causas, sus dimensiones. Acerquémonos más, hasta entablar relación. Y entonces, el miedo cambia. Lo que ocurre más a menudo es que desaparece.

Muchas y diversas tradiciones hablan de esta maravilla, la disolución del miedo. "Si no puedes contra él, únete". "La salida del túnel es a través del túnel". "Pon la cabeza en las fauces del demonio y el demonio desaparece".

Algunas de las personas que más me han enseñado sobre la audacia son parte de una red global de líderes jóvenes (entre los trece y los treinta años de edad) con quienes he trabajado durante varios años. Se hacen llamar "desertores." Desertan trabajos y carreras que les impiden contribuir al máximo de su capacidad, desertan relaciones en las que no se sienten respetados, desertan ideas que les imponen límites, desertan instituciones que los hacen sentir insignificantes y despreciables. Pero no desertan para desaparecer: desertan para continuar su marcha. Marchan hacia lugares donde pueden contribuir algo genuino, hacia relaciones en las que son respetados, hacia ideas que apelan a sus fortalezas, hacia trabajos que develan y utilizan su potencial.

De estos jóvenes líderes aprendí la importancia de preguntar, de tanto en tanto, "¿Qué estaré necesitando desertar?" Es una pregunta crucial y hasta plantearla exige gran coraje. Al plantear la pregunta, estamos siendo lo suficientemente valientes para ver nuestros miedos y mirarlos a los ojos. Estamos siendo lo suficientemente valientes para reconocer el llamado a vivir nuestra vida con audacia. El poder de esta pregunta nos ayuda a descubrir qué lugares, trabajos y relaciones necesitamos desertar para desarrollar nuestros talentos y ofrecérselos a los demás.

Yo tengo una visión de lo que es posible si somos cada vez más quienes estamos dispuestos a practicar la no negación, quienes miramos lo que nos asusta en nuestra vida personal y en nuestra sociedad. Con una visión más clara, podríamos atravesar el miedo y decirle "¡No!" a lo que nos inquieta. Podríamos continuar nuestra marcha y adoptar una posición. Podríamos rehusarnos a que nos acobarden o nos silencien. Podríamos dejar de esperar que nos aprueben o nos respalden. Podríamos dejar de sentirnos cansados o agobiados. Podríamos confiar en la energía del "¡Sí!" y comenzar a obrar en pos de lo que nos importa.

La audacia nos ofrece una gran bendición: la fortaleza para soportar y perseverar. A fines de 2004, el pueblo ucraniano protestó contra una elección fraudulenta que les había negado el presidente que sabían que habían elegido, Vladimir Yushchenko. Se vistieron con bufandas naranjas, hicieron flamear banderas naranjas y se los conoció como "La Revolución Naranja". Su táctica era simple: salir a la calle y quedarse en la calle hasta lograr lo que necesitaban. No desistir y no dejar de protestar hasta haber cumplido su meta. Su ejemplo de perseverancia inspiró a ciudadanos de muchos y diversos países (desde Ecuador hasta Nepal) a salir a la calle y quedarse en la calle hasta lograr lo que necesitaban.

Hoy, en este mundo aquejado, necesitamos todos los dones que nos ofrece la audacia: el amor, la visión clara, el valor, la acción inteligente, la perseverancia. Con audacia, podemos enfrentar el miedo y atravesarlo. Con audacia, podemos reclamar nuestra vocación de ser plenamente humanos. Con audacia, podemos dar a luz a ese mundo que Paulo Freire soñó para todos: "un mundo en el que amar será más fácil."

Quiero ser ucraniana

Margaret Wheatley

Cuando alcance la mayoría de edad Cuando
se me pase la adolescencia Cuando
me tome la vida en serio Cuando
crezca

quiero ser ucraniana.

Cuando alcance la mayoría de edad quiero pararme
feliz en el frío durante días enteros habiéndome dejado atrás
entumecida, nunca más insensible a
lo que necesito.

Quiero escuchar mi voz alzarse
alta y clara por sobre la helada
niebla, reclamándome.

Corría el día quince de la protesta y entrevistaban a una mujer parada junto a su auto.
Sobre el techo del auto había un gallo. Ella dijo: "Nos hemos despertado y no nos iremos
hasta que este corrompido gobierno se vaya". No quedó documentado si el gallo cantó.

Cuando se me pase la adolescencia
cuando ya no me queje ni acuse
cuando deje de culpar a los demás
cuando me haga responsable

me habré vuelto ucraniana.

Los partidarios de Yushchenko llevaban banderas naranjas que hacían flamear con vigor
desde finos mástiles. No bien comenzaron las protestas, el gobierno mandó matones para
crear violencia. También llevaban banderas, pero las suyas colgaban de garrotes pesados
que también servían de armas.

Cuando me tome la vida en serio cuando mire de frente
lo que está pasando cuando sepa que el futuro
no se cambia a sí mismo que tengo que actuar

voy a ser ucraniana.

"La protesta que perdura", dijo Wendell Berry, "vive de una esperanza infinitamente más
modesta que la del éxito público: la esperanza de preservar las cualidades del propio
corazón y del propio espíritu que morirían a manos de la aquiescencia".

Cuando crezca y todos sepan que soy ucraniana
qué fácilmente saldré a la calle segura de mí
insistente feliz a preservar las cualidades de mi
propio corazón y de mi espíritu.

En mi madurez me alegrará enseñarte
el costo de la acquiescencia el precio del
silencio el peligro de la retirada.

“La esperanza”, dijo Václav Havel, “no es la convicción de que algo terminará bien, sino la
certeza de que algo vale la pena sin importar cómo termine”.

Te enseñaré todo lo que aprendí
la fuerza de la audacia la paz
de la convicción la rara fuente de
la esperanza

y moriré bien, habiendo sido ucraniana.